

# ENSAYO GENERAL DE FRANCISCA AGUIRRE O LA LÍRICA DEL DESAMPARO

por Luis López Álvarez

En su prólogo a *Ensayo General*, de Francisca Aguirre, el crítico Emilio Miró, autor de tan atinadas reseñas en la revista *Ínsula*, escribe: "Con *Ítaca*, *Los trescientos escalones* y *La otra música* Francisca Aguirre construyó en la década de los setenta, un sólido y coherente discurso poético, un buceo existencial..." Cabe añadir que en esos tres poemarios iniciales Francisca Aguirre se retrataba ya de cuerpo entero en perpetua tensión conceptual y en recurrente meditación sobre la condición humana.

Los versos iniciales de *Ítaca* (1966-1971) : "En la noche fui hasta el mar para pedir socorro/ y el mar me respondió: socorro./ Fui hasta el mar y lo toqué/ como se toca a un animal equívoco/ un animal que come tierra..." mostraban ya la seguridad con que irrumpía en el panorama de la poesía española. El marco marino, evocador de su Mediterráneo natal, en el que parecía situar el escenario de su primer libro junto con la mención de nombres evocadores de la antigüedad griega -Ítaca, Sísifo, Penélope, Nausica, Ulises, Circe- hacían pensar en una lírica de reconstrucción neoclásica mas, llegados al poema "Paisaje de papel" tropezamos con la evocación de una circunstancia biográfica concreta de su niñez evocadora del año 1942. A partir de ahí su poesía se tornará más y más la conciencia de un desamparo ontológico que la llevará muy pronto a comprobar "Somos tan solo el ansia de lo que nunca fuimos" y a expresar a manera de inútil deseo "deberíamos hacer algo que no fuera morir".

En *Los trescientos escalones* (1973-1976) comienza remedando hasta hacerlos suyos los versos de Vallejo: "Me moriré en Madrid/ un día cualquiera/ me moriré sin aguacero/ me moriré sin que suceda nada". Rinde luego homenaje al Aduanero Rousseau, a Paul Klee y a Pablo Picasso, reapareciendo la expresión angustiada que le hace exclamarse "Esta vida, hay que ver qué desatino" con el único alivio que representan breves

incursiones en la poesía de lo cotidiano como cuando dice “esta mañana al levantarme/ me he causado a mí misma una leve extrañeza” aunque sea para descubrir seguidamente que “se eleva el día como un mar apagado,/ una extensión de agua deprimida/ que roza las ventanas con una pobre espuma”.

En los poemas últimos del mismo libro, evoca una niñez de guerra civil y posguerra incivil, de orfandad y exilio, comparándola con el tiempo que siguiera y comprueba sorprendida que echa de menos los años de infortunio: “con espantado estupor / me veo echando de menos / mi chiquita piconera”. Rememoración adolorida e intimista con la que la autora da la impresión de asumir las vivencias de su desamparo para trasmutarlas a manera de confidencias a la luz del crepúsculo.

En *La otra música* (1973-1977) se abre a consideraciones más actuales y cercanas, asociando, en dedicatorias, epígrafes, o alusiones, sombras amigas, esencialmente de poetas –Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Rosales, José Hierro, Carlos Edmundo de Ory, Fernando Quiñones, Eladio Cabañero, Justo Jorge Padrón o Félix Grande, su propio esposo, -en un tránsito en el que “vamos por la distancia / como un rastro de algo que no tuviera origen”.

En *Ensayo General* (1981-1993) –libro que presta su nombre a toda la antología- tras ofrecer unos fragmentos en prosa, saliéndose de su versolibrismo habitual introduce 21 sonetos reunidos bajo la común denominación de *Argumento* (*Los cantos de la Troyana*) que más que ser una selección de sonetos autónomos constituye un solo poema en el que se renueva la comprobación del inicial desamparo de Francisca Aguirre que le hace decirse a sí misma “has quedado al final, como en Quevedo/ presentes sucesivos de difuntos” para acabar comprobando, en aventajada discípula del gran maestro del barroco, “hay formas de morir en esta vida/ peores que el inicuo fin postrero” siendo acaso la peor de las mismas el diario “despertar hacia la nada”. En la espera de ese fin postrero sólo le cabe contemplar el carácter efímero de la existencia, afirmando con resonancias manriqueñas “como escapa el agua de las cestas, / el porvenir, la dicha, todo es ido”.

La misma angustia existencial se prolonga, en fin, en *Pavana del desasosiego*, libro que cierra la antología. Tras haberse formulado tantas y tantas preguntas sin hallar contestación, ha de acabar por decirse a sí misma “peor sería que conocieras las respuestas”. El mismo desamparo de siempre que en este poemario libro suavizan por momentos evocadoras escenas de su entorno familiar.

Lejos de la frivolidad y la anécdota en que llegan a caer algunos de los poetas de la generación del 50, a la que cronológicamente pertenece, Francisca Aguirre nos libra con ejemplar sobriedad su mensaje de zozobra y desasogiego en la línea mayor de la lírica barroca que, de Quevedo a Vallejo pasando por Unamuno, enseria la poesía de lengua española diferenciándola de sus aledañas.

La obra recogida en esta antología avala la trayectoria de una autora conocida, mas insuficientemente reconocida, ausente de los recuentos habituales de los poetas de su generación en omisión que sólo cabe atribuir a la involuntaria misoginia de sus autores. Mas poco ha de importarle sin duda a quien tan clara y lúcidamente ha sabido expresar el desamparo de su condición humana.

*Luis López Álvarez*